

# CITA PREVIA

## I. PROBANDO, PROBANDO

No sé hasta qué punto. Quiero decir haberme traído el coche, si total va a ser sólo una semana y estoy a tres paradas de autobús de mi casa. Para amortizar el aparcamiento, supongo, ya que lo hay y no sólo para residentes sino incluso para las visitas. De eso me informó Yolanda - la directora del Centro- cuando me mostró al detalle todos sus espacios y recovecos, que yo contemplaba como si viese una película de romanos. De romanos no, nada de romanos, más bien de hotel o balneario a lo Agatha Christie con sus personajes variopintos, su piano de cola y algún coronel retirado de la Armada Inglesa que caería envenenado al aparecer en escena. Y fue justamente ese aire recoleto de lujo, un punto trasnochado o decadente y con cierto aire de enigma invisible lo que me sedujo.

Yolanda es joven, guapetona, parlanchina y convincente. Conoce bien su oficio, le apasiona y reparte saludos y sonrisas de aliento a todo el que se le pone por delante, incluso al que no se le pone por delante porque va en silla de ruedas o en taca taca y ella se le acerca. Porque, la realidad es que aquí, más que coroneles envenenados de la Armada Inglesa o estrellas rutilantes a quienes roban el rubí, o amantes furtivos disfrazados de otra cosa, lo que

hay son ancianas y ancianos con su mochila a la espalda más o menos traslúcida. De buen porte, bien trajeados, los hay con problemas de huesos, o de riñón, o de falta de riego, o de soledad. La mayoría, no obstante, parece complacida y complaciente.

Yolanda me lo dijo al rato de conocernos, cuando concluyó la visita guiada y nos sentamos en su despacho: Lo que tiene que hacer, Teresa, es venirse con nosotros quince días a probarlo. La habitación que a usted le gusta, la que da a la piscina, ahora mismo está desocupada. No admitimos más que a 35 residentes. Pero usted me dice la fecha y yo se la reservo. Si, claro- respondí-, pero es que yo, en realidad...

Yo, en realidad, había entrado en el edificio porque daba la sombra en esa acera y había mucho arbolado, sin más. Lo mismo hubiera podido entrar en el Centro Comercial que cae dos manzanas más abajo y acabar comprándome un ambientador en Zara Home. Siempre pensé que un día u otro me iría a vivir a una residencia, eso es verdad. De hecho, al toparme casualmente con alguna, a veces he llamado a la puerta y nada más echarle un ojo al zaguán he salido corriendo como si me persiguiera un leopardo.

En todo caso, aquí, el leopardo, de agazaparse lo haría en un lugar remoto a resguardo de la escopeta del coronel de la Armada Inglesa retirado, que también podría no ser un coronel de la Armada Inglesa retirado, sino un viejo explorador con salacot y habano también al servicio de Su Majestad británica, God save the Queen. De modo que no salí corriendo. Me gustó. Me decidí. Me quedé.